LA FAMILIA MARIANISTA
DESDE LAS FRATERNIDADES DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

El reto que se plantea es sugerente: ¿Cómo nos vemos las Fraternidades de la Provincia de Zaragoza dentro de la Familia Marianista? ¿Y cómo vemos desde ella el futuro?

En primer lugar, siento que mi opinión como fraterna –que espero que de algún modo represente el sentir de muchos otros-, está muy condicionada por nuestra propia historia.

Las FFMM de Zaragoza surgimos como respuesta a una invitación de los religiosos. Se nos propuso un camino, de crecimiento personal y maduración en la fe, para cubrir el "vacío" de ofertas para los jóvenes que dejábamos los colegios, hasta que llegábamos a la vida adulta.

Así que desde ese inicio parten algunas de las condiciones que nos han definido como movimiento –y como miembros de la Familia-:

En primer lugar, somos jóvenes. Lo somos en nuestra historia -¡apenas veinte años de las primeras fraternidades!-, lo somos personalmente y lo somos como movimiento también.

Personalmente, las FFMM de Zaragoza surgimos como un movimiento de jóvenes –"entre los 18 y los 24 años"-, en su primera definición. Y así, jóvenes e inexpertos en su gran mayoría éramos los fraternos. En fraternidades hemos ido creciendo y madurando, dando forma a nuestra vida, espiritual, personal, profesional. En su gran mayoría, seguimos siendo jóvenes. Desde nuestra corta edad y nuestra inexperiencia, ¿qué podíamos aportar a la Familia Marianista? Sentíamos que nos faltaba visión de conjunto, experiencia, formación. Comenzamos "tutelados" por los religiosos, en un proceso realmente "educativo": enseñar, hacer crecer, dotar de autonomía. Gradualmente los laicos hemos ido asumiendo la responsabilidad de las Fraternidades: como responsables, como asesores, organizativa e incluso económicamente. En ese camino siempre hemos tenido a nuestro lado a los religiosos, y desde aquí quiero agradecerles su apoyo constante y su disponibilidad.

Desde hace unos años, somos más capaces, no sólo de recibir, sino de aportar: presencia, formación, una opción de vida "en marianista", o trabajo codo a codo en nuevos ámbitos –como señalaré más adelante-.

Veinte años de historia nos han hecho descubrir nuestro ser de laicos: hay un camino, real, posible, de vivir nuestra fe como laicos, con los rasgos de la espiritualidad marianista –fe, María, misión-, formando comunidades. A lo largo de los diez últimos años hemos ido dando forma y contenido a las fraternidades de adultos, esta vez con la vida por delante de la "reflexión", no a partir de un proyecto sino de la propia vivencia de cada comunidad.

Y también hemos descubierto el sentido de ser laico compartiendo nuestra vida con los religiosos. Esa cercanía ayuda a definir la propia esencia: por afirmación y por negación, por lo que compartimos y por lo que nos diferencia.

- Somos marianistas: hombres y mujeres de fe con una misma espiritualidad, derivada de las intuiciones del Padre Chaminade, en misión permanente, al estilo de María, atentos a los signos de los tiempos, cultivando un estilo de familia siempre abiertos al mundo y a responder a sus llamadas.

- Pero a su vez, somos laicos: insertos en el mundo, trabajando por el Reino desde nuestra vida profesional, compatibilizando (en ocasiones con grandes dificultades) la familia y la pertenencia a una comunidad –aunque ésta sea una comunidad de referencia y no de vida-, condicionados, muchas veces en exceso, por la búsqueda de seguridades en una sociedad alocadamente consumista y competitiva, rodeados de un entorno social marcadamente increyente, indiferente, cuando no decididamente crítico con los compromisos y especialmente con todo lo que suene a religioso o eclesial.

En la búsqueda del equilibrio entre todos estos factores hemos crecido, nos encontramos y nos definimos, personalmente y como movimiento, como laicos adultos en el seno de la Familia Marianista.

Surgimos hace veinte años de la reflexión, quizá de la necesidad, que fue llevada a la vida. Pero estamos en un momento de vida, que reflexionamos y decantamos para obtener de ella nuestro propio pensamiento: qué somos, qué nos caracteriza, adónde queremos llegar como movimiento, dónde nos sentimos llamados a dar fruto en nuestra misión, cuál es nuestra aportación a la Iglesia, como Fraternidades Marianistas.

En todo este proceso, hemos de agradecer a los religiosos, primeramente su decisión de lanzar la iniciativa, partiendo de cero, de crear en España una “rama laica”, su primer impulso, que han sabido mantener a lo largo de todos estos años, y su generosidad, apostando por un movimiento de laicos fuerte, autónomo, no subordinado a las necesidades de la Institución, como tristemente se ve en otros casos. Por otra parte hay que subrayar su honestidad a la hora de fomentar el discernimiento vocacional amplio y sereno, buscando en todo momento el bien del individuo y de la Iglesia, incluso en momentos de escasez de vocaciones religiosas.

Hoy en día, como fraternidades marianistas, jóvenes aún, pero ya con un cierto grado de madurez personal e institucional, seguimos siendo deudores del decidido impulso fundacional de los religiosos. En nuestro “debe” quedan preguntas, interrogantes que no somos capaces de responder afirmativamente.

El primero de ellos, son los lugares donde estamos presentes. Hay fraternidades allá donde surgieron, al abrigo de las comunidades de religiosos. A pesar de la enorme movilidad de los fraternos, incluso de haber hecho germinar una cierta vida fraterna algunas ciudades universitarias, no ha conseguido cuajar ninguna comunidad. No hemos sido capaces de “fundar”, de transmitir la semilla de las fraternidades más allá de los lugares donde tenemos una comunidad de religiosos de referencia.

Es más, a pesar de la existencia de numerosas fraternidades, creo que la imagen de "lo marianista" que atrae y llama a las nuevas generaciones de fraternos sigue siendo, en gran medida, la de los religiosos. Así, las fraternidades se apagan en los lugares en que ya no hay una comunidad, o en la que la dedicación de ésta a los fraternos se va debilitando. ¿Qué ven, qué buscan los jóvenes que cada año reciben la oferta de integrarse en fraternidades? ¿El entorno colegial? ¿Los religiosos, o los laicos que les han acompañado en los grupos de fe? ¿O las fraternidades como comunidades de adultos integrados en la vida de la Familia? En general creo que somos demasiado "transparentes", reducida nuestra presencia a la pequeña comunidad de referencia, o a los compromisos personales –y a veces, muy individuales, de algunos fraternos en concreto-.

De alguna manera, no hemos sido capaces de dar el relevo, de ser alternativa y a la vez sostén de la presencia y la llamada de los religiosos a los jóvenes. Nos falta presencia, tiempo, dedicación, compromiso o quizá decisión, para salir de nosotros mismos y crear realmente Familia, como adultos marianistas, trabajando de tú a tú con los religiosos.

De una forma más global, creo que a los laicos nos falta "dimensión institucional". Vivimos, en algunos casos con intensidad, la dimensión personal. Individualmente, nos sentimos fraternos, nos comprometemos en nuestra Consagración con un plan personal de vida, una misión y la participación en nuestra pequeña comunidad. A partir de ahí, se nos va diluyendo el sentido de pertenencia. Nos sentimos vinculados a la vida de "las fraternidades" en nuestra zona, pero ya nos cuesta sentirnos uno con las fraternidades de otras zonas, y aún más de otras CLMs. Sólo en la medida en que cada uno asume compromisos –en su fraternidad, en su zona, en la provincia-, este proceso se invierte: se refuerza la idea de Fraternidades, por encima incluso de la pertenencia a la concreta comunidad.

La falta de esta dimensión institucional dificulta también la participación como Fraternidades en la vida de la Familia: nos cuesta definir quiénes somos y tener una voz, asumir compromisos comunes y asegurar presencias más ambiciosas de los compromisos puntuales o personales. Pero ese camino de ir creando una misión comunitaria –que se comenzó hace unos años, en la preparación de la Asamblea de Guardamar- sigue avanzando. Después de la madurez personal, crecemos también en la madurez como Fraternidades.

Con respecto a la Familia, vivimos un momento de transición: llevamos ya tiempo trabajando conjuntamente, aunque creo que siguiendo la iniciativa de los religiosos. Como comentaba más arriba, nos falta la iniciativa de proponer, de ir más allá de lo que los religiosos han comenzado. Progresivamente, asumimos responsabilidades, y es más, comenzamos a sentirnos "co-responsables" con ellos, y a buscar foros y ámbitos de intercambio: el Consejo de Familia, las Comunidades, los encuentros, aun informales, de laicos y religiosos que se quisieron impulsar. En esa línea, creo que es muy necesario incentivar la creación de nuevos espacios de encuentro, no necesariamente de trabajo profesional o pastoral: espacios de celebración, de formación, de convivencia de toda la Familia.

Para los laicos, orientar la misión a las iniciativas de los religiosos siempre abre un debate, quizá falso en el fondo, pero que no deja de tener sentido. ¿Cuál es nuestro ámbito prioritario de misión? ¿Continuar y apoyar las obras marianistas? Llevar grupos

de fe en los colegios, participar en la pastoral de éstos, asumir la catequesis de los sacramentos, ayudar y ser presencia, allí donde estamos: ¿es nuestra misión natural, nuestra primera y más lógica llamada? O por el contrario, ¿es una manera fácil de mantenernos en el "entorno protegido" de los religiosos, seguir con lo que menos nos cuesta, en lugar de salir "al mundo" y ser testigos y evangelizadores en otros medios, seguramente menos gratificantes afectivamente? –dar vida a las parroquias, promover acciones a favor de los más pobres, hacer surgir iniciativas donde no haya presencias, llevar una voz distinta a los foros más institucionales de la Iglesia…-.

¿Dónde estamos llamados a estar presentes, como fraternidades? ¿Cuál es nuestra vocación misionera, el lugar donde, como movimiento, hemos de dar fruto? ¿Qué aportamos a la Iglesia y también, a la Familia Marianista? En ese discernimiento estamos, como decía antes, decantando de la experiencia y la vida la reflexión que nos ayuda a definirnos.

No sé si es posible definir aún dónde está, como fraternos, nuestra presencia. Pero sí creo que tenemos una responsabilidad en la transmisión de la fe: en primer lugar, a nuestros hijos; después a los jóvenes como opción preferencial de los marianistas –laicos y religiosos-, como se subrayó en el último Encuentro Internacional de CLM de Burdeos.

A partir de esta historia, de la que venimos y de este presente, que estamos construyendo, quiero también soñar cómo veo el futuro de la Familia Marianista.

Veo un futuro en que laicos y religiosos, conscientes de nuestras distintas vocaciones en una misma espiritualidad, trabajamos de forma complementaria juntos, en un mismo espíritu.

Para ello creo importantísimo subrayar la diferencia de las vocaciones:
El religioso como el liberado de la comunidad, al servicio de la misma, sin compromisos laborales o económicos que le hacen estar tan inserto en el mundo que no se distingue su vida de la del laico, que tiene tiempo para la formación, que se forma y que forma, que da criterios de pensamiento, que ayuda al discernimiento y acompaña, que es imagen del amor universal de Dios por todos y cada uno, que viaja, ha vivido experiencias diversas y tiene una visión muchas veces más universal de las distintas realidades –sociales, personales…- que las de los laicos, muchas veces demasiado anclados y condicionados por el entorno particular en que vivimos.

Junto a ellos los laicos seríamos la otra forma de vivir una misma espiritualidad: atados a compromisos concretos –familiares, económicos, en una ciudad y un trabajo- pero a la vez siendo testigos de que es posible vivir hoy en día como auténticos cristianos, desde una opción, radical, por ser laicos. Viviendo realmente allá donde cada uno estamos que el sentido de nuestra vida está más allá de nosotros mismos, y que la vida, el trabajo, las actividades de todos los días sólo adquieren sentido como forma de construir el Reino y de ir respondiendo a la llamada personal de Dios "Ven y Sígueme". Llegando a donde los religiosos no llegan, insertos en las realidades del mundo, evangelizando desde dentro, como respuesta a la llamada de Dios, que siempre comienza por salir de uno mismo: "Id y predicad", y se concreta en un estilo diferente de vivir, que como las primeras comunidades, interpela a quienes lo ven.

En una sociedad donde el individuo es la medida de todas las cosas, laicos y religiosos trabajaríamos juntos en proyectos ambiciosos, los que van más allá de lo que una persona sola puede abarcar; los que sólo se sostienen cuando detrás de ellos está "el hombre que no muere". Quizá el mejor ejemplo de esos nuevos ámbitos que se abren a la colaboración sea la experiencia del portal de Internet Ágora marianista. Ella es el ejemplo de cómo se trabaja en común, aprovechando lo mejor de cada uno. De cómo cada rama hemos descubierto todo lo que las otras podían aportarnos, la cantidad de intereses que en la práctica compartimos, lo mucho que aprendemos juntos y el bien que nos hace la presencia mutua.

Aún no sé cómo, veo la Familia Marianista donde un lugar donde laicos y religiosos podamos compartir de algún modo comunidades de referencia, en las que celebremos juntos, nos comuniquemos nuestra vida, nos sintamos co-partícipes unos de la vida de los otros. Los laicos podemos aportar vida y presencia en comunidades de religiosos cada vez más escasas en número. Podemos ayudar a que se comprenda el sentido de la vocación religiosa en una sociedad progresivamente alejada de la radicalidad en los compromisos, incapaz de comprender el sentido de la renuncia a lo inmediato, y por tanto, la vida que puede haber en el interior de una Institución que se percibe como algo del pasado y fuera del tiempo. Siendo todos referentes, desde nuestras respectivas vocaciones, del espíritu de fe y servicio que recibimos de María "Haced lo que ÉL os diga".

© Mundo Marianista